

Élmer Mendoza
NOMBRE DE PERRO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

TUSQUETS
EDITORES

ÉLMER MENDOZA
NOMBRE DE PERRO

Uno

Habitación en el piso veinticuatro del hotel Hilton de Guadalajara. No perros no gatos no. Son sus instrucciones, señor Ugarte, y quiero resultados expeditos. Un cuadro mal trazado horadaba la pared, cortinas cerradas, media luz. Calaba la tensión de la desconfianza. Con todo respeto, señor secretario, esos los obtendrán ustedes, fijó la mirada en cada uno de los tres hombres que le acompañaban. Hombre uno, Hombre dos y Hombre tres. Mi trabajo será proporcionarle información, lo demás no me incumbe. El secretario vestía traje negro y tenía siete tragos encima. Panza sancho. Ugarte lucía una corbata color vino y no había probado su cerveza. Tenía sesenta años cumplidos con celebración aplazada: En diciembre me desquito.

A sus órdenes señor presidente, ¿cómo está su señora, los niños bien? Un asistente les sirvió whisky y abandonó el pequeño despacho de la casa presidencial. Escuche, señor secretario: me dicen que sus datos son una mierda y como debe suponer no puedo confiar en ellos, quiero precisión, quiero exactitud, seriedad absoluta y resultados, ¿está claro? Le mandaré una persona capaz que no es de las nuestras

e infiltrela, un amigo le ayudará, lo único que pide es saber de quién se trata y opinar, algo que no consentiremos, incluso rechacé que fuera uno de los suyos; necesito estar al tanto de lo que ocurra en esa reunión: quiénes asisten, si la señora es vulnerable, hasta dónde los podemos controlar y cuáles son sus planes; quiero saber sus próximos movimientos. El presidente bebió hasta el fondo y se volvió a servir. Lo podemos hacer con cualquier agente, señor, tengo elementos especializados; le suplico que ponga oídos sordos a mis enemigos, evidentemente quieren perjudicarme. ¿Qué no me entiende? Evite que nos involucren, deben sentir que son el enemigo, que se rompieron los acuerdos, que están enfrentando un Estado fuerte y poderoso. Tengo entendido que así lo asumen, señor. Pues no se nota, estoy hasta la madre de oír que me quiero legitimar, que la economía va en picada y que somos un Estado fallido, necesito que cada quien ocupe el casillero que le corresponde; si fracasa, vaya pensando en algún país africano adonde lo mandaría de embajador, sé que le gustan las jirafas.

Por eso se encontraban allí, en la suite presidencial. El secretario nervioso, sus guardaespaldas atentos; Ugarte, ex-militar vinculado a un poderoso grupo de poder, últimamente hacía escaso trabajo para el Gobierno, tenía problemas de salud y le tardaban demasiado en pagar: ¿qué les pasaba a los funcionarios que cumplían tan mal asuntos rutinarios? Eso sí, a la hora de las declaraciones son los primeros en abrir la boca. Sin embargo, tampoco resistió conocer de primera mano lo que se gestaba alrededor de la famosa guerra del presidente contra la delincuencia organizada y, quizá, pudiera cumplir un recóndito anhelo rememorado justo en el elevador cuando se acercaba a la suite presidencial; además, nunca se negaba a las recomendaciones

del general Alvarado, que lo consideraba gente de toda su confianza y le mandaba pibil y objetos de henequén para Navidad. Hombre uno sacó un cigarrillo. Sillones negros. Hombre dos se lo arrebató y lo deshizo con una sonrisa. ¿Qué ocurría? Una guerra que parecía mediática llevaba un promedio de diecinueve punto tres muertos diarios y contando. ¿A qué aspiraba el presidente? Era claro, ¿qué pretendían los jefes de los cárteles? Buena pregunta.

El secretario, que no se atrevía a beber ante el presidente, vació su copa de un trago. Los acabaremos, Ugarte, esta guerra la tenemos ganada, el presidente no debería preocuparse, los gringos están felices, su embajador lo manifiesta sin venir al caso. Entonces, ¿por qué necesitan un infiltrado en una reunión de notables? Se arriesgó a que rechazaran su candidatura para el operativo. El funcionario lo examinó por treinta y tres segundos. Mi jefe quiere estar seguro y es el que manda, Alvarado lo recomendó a usted, no sé por qué, ¿ha escuchado de la Iniciativa Mochis? ¿Debería? Ugarte estaba hartado, no quería la versión oficial de lo que el general le había explicado con pelos y señales y empezaba a sentirse mal; se puso de pie, le dio un número de celular para concluir. Sólo lo llamaré una vez de esta maquineta, señor secretario, no deje de contestarme. ¿Cree que mis teléfonos están intervenidos? No sé los suyos, pero los míos sí, y este sólo lo usaré esa vez. Pierda cuidado, le responderé. Hombre tres le pasó una tarjeta con el número que debía marcar. No lo delegue a alguno de estos jóvenes tan bien vestidos. Los aludidos lo escudriñaron sin expresión. Claro que no, Ugarte, ¿por quién me toma? Al final le será de utilidad, dispondrá de más tiempo para utilizar la información en su beneficio. Se cree la gran cagada, ¿verdad? Soy católico, señor se-

cretario. Y va a misa a la catedral tapatía, Ugarte pensó: Cree que vivo aquí, y se puso de pie. Bueno señor, debo retirarme, le pasó una tarjeta con otro número: Para que me diga lugar, día y hora de la reunión: sólo responderé una vez. Se contemplaron reflexivos: Pinche James Bond de mierda. Maldito Fouché de cuarta.

Mientras en el lobby lo esperaban dos agentes para seguirlo, el exmilitar se recostó en su habitación del piso diecinueve. Se hallaba exhausto.

El alcohol es el único consejero que todo lo resuelve con dados.

Dos

Odiaba irse a la cama sin beber porque se quedaba dormido hasta tarde. Hey, Zurdo, no te hagas el que la virgen te habla, me urge acción, recuerda que sin mí simplemente no eres nadie. Ya pinche cuerpo, no estés chingando. ¿Por qué no, acaso no tengo derecho? ¿Quieres que te besen, te apapachen, te deslechen, verdad cabrón? Pa qué te digo que no si sí, quiero ver unas patas abiertas y ñaca, a como te tiene. Pinche degenerado. Bien que te gusta, no te hagas. Estás enfermo. Golpes en la puerta de la recámara y la voz de Ger lo despabilaron. Zurdo, levántese, ¿qué hace en la cama a esta hora? Arriba, tiene visita, vio el reloj. Es muy temprano. Cuál temprano, son las nueve y a esta hora usted nunca está aquí, ¿se emborrachó? Ojalá. Entonces aliviánese, no es hora de que un hombre esté acostado. Se oía lejos *Blanca Navidad*. ¿A qué hora crees que se levantan tus venerados roque-

ros? No ponga pretextos y apúrese; estamos en la sala. Se puso el pantalón. ¿Y ahora? Les he dicho a estos zánganos que no me busquen en casa, una playera negra. También a Gris, las botas David Toscana igualmente negras. Qué hueva, tengo que comprar whisky si no terminaré convertido en oso polar; además es diciembre y en esta ciudad, que sólo tiene verano, es época de la otra estación: la del ferrocarril. En el extremo del pasillo esperaba Ger: tenía otra cara, algo festivo la iluminaba. Seguro cree que al fin me convenció de poner árbol de Navidad, quizás hasta ya lo compró y quiere que lo vea. Su Nescafé está listo, señor. Mmm, algo trae.

En la sala lo esperaba Jason Mendieta que con gran habilidad mensajeaba por su celular y al verlo se puso de pie. El Zurdo de inmediato supo de quién se trataba y se paralizó. Valiendo madre. Espejito, espejito. Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar, pensó, y tragó saliva. Qué carácter el de Susana que pugnaba por ser algo más que un cuerpo aunque todos la buscáramos por eso. Hola, soy Jason. Y yo Edgar, qué onda. Saludo de mano. Ambas recias, ambas nerviosas, húmedas. Misma estatura, mismos rasgos, misma sonrisa. El Zurdo con el pelo un poco largo y alborotado, Jason peinado como asterisco. Pinche Enrique, tenía razón. ¿Cómo estás? Bien. Se sentaron. El chico tenía un licuado de papaya a la mitad y Ger puso el Nescafé en la mesa de centro, cerca del Zurdo, al lado de unos santoclozes panzones. Jason mensajeó rápidamente. Y tu mamá, ¿cómo está? Encantada, no para de hablar con mi abuela, se están poniendo al día. ¿Cuánto hacía que no venía? Cuatro años, mi abuela fue tres veces pero ya no puede viajar. ¿Conocías Culiacán? Cada año pasábamos vacaciones aquí, hasta que mi mamá puso una taquería

en Santa Mónica y se esclavizó; te traje esto, le alargó una pequeña caja con moño navideño. Mi tío Enrique dice que te gusta. Eran los cedés del *Bob Dylan's 30th Anniversary Concert*. Órale, qué buen detalle. ¿Quieren desayunar de una vez? Espero que no los tengas. No, y muchas gracias. Señora ya desayuné. Para mí con el café es suficiente. Nada, Zurdo, no crea que porque está el joven aquí usted no se va a alimentar como es debido: ahorita le preparo un omelet de queso de cabra con rajas y cebolla, y a ti te hago otro licuado. Con este es suficiente, señora, gracias. El Zurdo continuaba bloqueado, el chico mensajé de nuevo. ¿Realmente los hijos se parecen tanto a los padres? Qué hueva, deberían parecerse al lechero.

¿Cuándo llegaron? Anoche. ¿En carro? En avión. Ah, y qué razón me das de mi hermano. Está muy bien, algo gordo en comparación contigo. Debe ser muy tragón. Le gustan las hamburguesas con dobles papas y a todo le pone tocino, toma cerveza, a veces de más. ¿Es alcohólico? No creo, lo que sí, cómo se acuerda de ti, se ve que te quiere mucho; lo vimos el jueves pasado y se puso muy nostálgico. Silencio, se oía *Jingle bell, jingle bell, jingle all the way*. Me contó que eras invencible en la milla. Ahí ando, pero no me seduce y no entreno demasiado. ¿No quieres ser campeón olímpico? Prefiero ser policía. Mendieta lo observó, el chico era semejante a él, indudablemente mejorado, pero ¿a ese extremo? ¿No es como esos deseos de los niños que quieren ser bomberos? No, lo he meditado y estoy decidido. En Estados Unidos parece ser un buen trabajo, aquí, en la mayoría de los casos, es la última opción para el desempleo. No lo sé, lo que sí sé es que quiero ser como tú; varios de mis amigos han decidido ser lo mismo que sus padres y lo mismo haré. El Zurdo abrió la boca.

Órale, este morro trae su rollo y no se anda por las ramas. ¿Es como una moda, eso de que quieran ser como sus padres? Puede ser, Jason leyó un mensaje y lo respondió al instante. Quizás es porque algunos son verdaderos héroes, de Irak, de Afganistán o de la ciudad. Ger los llamó a la mesa.

Joven, dígame otra vez cómo se llama, los nombres gringos siempre se me resbalan. Jason. Joven Jason, no debería desperdiciar la oportunidad de probar esta machaca, es especial, no como la que hacen con licuadora. Eso me dio mi abuela. Pues para que compare, pruébela, no me diga que en eso también se parece al Zurdo que come como pajarito, ándele, coma aunque sea un poco, usted necesita crecer fuerte y sano, aunque está tan alto como el Zurdo, y le sirvió. Que él coma su omelet y usted este manjar, pruebe estas tortillas de harina que están como Dios manda, necesita alimentar ese cuerpo. Ger es muy difícil de contradecir y, como puedes ver, tiene gran poder. No exagere. Jason tomó un bocado y masticó despacio, Mendieta lo observaba de soslayo. Así que este morro es mi hijo, pues sí, ni modo que qué, con ese pedigrí, y además quiere ser placa. Tengo que llamar a Ortega para que me explique qué onda, ¿de qué habla un padre con su hijo, adónde lo invita, en qué lo orienta? No me la ando acabando, ni modo de llevarlo al Quijote; qué abitachado, como no contestaba sus llamadas no me avisó que venía, no fuera yo a salir huyendo, y eso de querer ser placa está cabrón, a poco no; Ger está encantada, hasta parece que se conocen de años, ¿lo debo llevar con las putas? No creo, debe tener su pegue, no es feo y mucho menos cacarizo.

Jason observaba tranquilo, era un chico fuerte, moreno claro, seguro de sí mismo, veía sus mensajes, res-

pondía rápidamente o los ignoraba. Quiero un regalo de Navidad, expresó después de acabar el licuado. El Zurdo seguía flotando y Ger se hallaba en alguna de las habitaciones en lo suyo. Lo merezco. ¿Por qué? Soy el único de mi clase que este año no consumió drogas. Es muy grave eso allá, ¿verdad? Cuesta dejarla; si gustas puedes hacerme el *antidoping*, sonrieron. Te traje Nescafé americano pero ni lo notaste. Mendieta saboreó el café. Tienes razón, sabe peor que el mexicano, se aflojaron y sonrieron. Mi tío Enrique me lo advirtió, que no me asustara, que la mayoría de tus respuestas estaban fuera de lugar. ¿Eso te dijo el maldito panza de agua? Ya hablaré con él. Dile de qué se va a morir. Oye, mamá quiere platicar contigo, no vayas a pensar que es cosa mía, yo quería conocerte y lo que surgiera, y ya está, me caes bien. Sintió el estómago alterado. ¿Verme, para qué? Pensó y propuso: ¿Te parece que hoy cenemos los tres? Tengo qué hacer esta noche, así que vayan ustedes, ¿irías por ella a casa de mi abuela? ¿Por qué no? A las ocho; si hubiera trabajo pediré a mis colegas que me den un par de horas. ¿Me prestas tu Jetta? Quizá te muevas en un carro de la policía. Mejor te doy para el taxi, no vaya a ser, la ciudad está bastante caliente. Se miraron sin expresión. ¿Tan mal está la poli? Mal es poco, nadie se explica cómo funcionamos. De acuerdo, nomás no te olvides de mi regalo. ¿Has pensado en algo? Sí, después te digo. Ger fue a responder el teléfono que no paraba de timbrar. Hola: es Gris. El Zurdo tomó el inalámbrico, escuchó atento y expresó: Repíteme la dirección; órale, te alcanzo en una hora.

Libros de Élmér Mendoza en Tusquets Editores

SERIE DETECTIVE MENDIETA
(por orden cronológico)

Balas de plata (Andanzas 654 y Fábula 321)

La prueba del ácido (Andanzas 765)

Nombre de perro (Andanzas 793)

*

El amante de Janis Joplin (Andanzas 499)